La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

						2	J
			L			K	
					2		
							M
		2				N	

SOLUCION J=Rey; K=Dama; L=Alfil; M=Caballo; N=Torre.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
4	7	1	9	0	1
8	2	0	6	1	1
4	9	6	5	1	0
8	1	3	7	0	1
1	2	7	5	0	1
7	8	1	3	0	1

SOLUCION 3902

Verano/12

NUNCA FUI UNA MALA CHICA



Para Mirta Irundain y César Siculer

(Por Eduardo Mignogna) Nunca fui una mala chica, con mis hermanas hacíamos casas con cartones y mantas y nos metíamos dentro a rezar. Mi hermana Alcira, pobrecita, se la llevaron a Córdoba un abogado y su mujer; ella también estaba un poco enferma, pero nunca supe de qué. A veces pienso dónde estará.

Después que cumplí los trece años empezaron a gustarme los muchachos. Yo los besaba y ellos me decían que me querían, que gustaban de mí: algunos me tomaban el pelo, pero otros me trataban bien. ¿Y qué es lo que ellos querían? "Eso que tienen las mujeres", me decían siempre.

Mi mamá tendría entonces unos cincuenta años y vivía siempre enojada porque papá se iba los lunes y volvía los sábados o los viernes; era auxiliar de locomotoras en el Central Argentino. El muchas veces me prohibía salir a la calle, pero yo me escapaba igual, qué iba a hacer sola con Alcira, que se la pasaba rezando, y con Milagros, mi otra hermanita. Por aquel tiempo, Laura, la mayor, ya se había ido de casa. No vivíamos muy felices, ésta es la verdad. Pero igual no éramos una mala familia. Hay muchas así. Al fin y al cabo todos estábamos sanos, menos yo, que salí con esa enfermedad.

Un día, mi amigo Beto y yo nos fuimos juntos a Bolívar y volvimos a la mañana siguiente. Cuando llegamos de vuelta estaba papá en casa, a él lo echó y a mí me dio una paliza que me dejó un ojo turbio y con una marca que todavía tengo.

Con Cristina, una chica que conocí en la "Inmaculada", íbamos de visitas a la casa de Antonita Kasakián, una amiga suya, y allí charlábamos, tomábamos té con tostadas y nos probábamos ropas; el padre de Antonita era viajante de las Tiendas Mansur. Cristina y Antonita, siempre que podían, me regalaban saquitos y polleras viejas, pero a mí me daba rabia porque en casa se las hacían usar a Alcira, hasta que se la llevaron a Córdoba.

Yo estaba siempre bastante ocupada; limpiaba la pieza, lavaba la ropa y la planchaba, cocinaba. Aparte, también trabajé muchas veces afuera, de niñera, en la casa de un dentista. Pero un día me cansé de cuidar al nene, porque además sacaba muy poco, y entonces estuve colocada de sirvienta en otra casa, y en un colegio nocturno. En la parroquia de Santa Teresa cosí dos años para afuera, por encargo de las catequistas.

Una vez, el padre Elías me preguntó por qué nunca me confesaba, y entonces me dijo que lo fuera a ver. Le conté que había estado enamorada de un muchacho que se llamaba Beto y había sido mi novio. Eramos muy jovencitos, él catorce y yo dieciséis. Me lo presentaron en un baile de un club de Luján, porque a mí no me dejaban entrar en el 9 de Julio, del pueblo, porque no caía bien. Después Beto y yo seguimos viéndonos en la casa de una amiga de él. Era muy lindo. Cuando sabía que lo iba a ver, me vestía con los pantalones más apretados que tenía, y en el viaje me pintaba la cara, alrededor de los ojos, y me ponía bastante rouge. Beto quería tener relaciones conmigo, pero yo no, aunque me gustaba mucho cuando me besaba en la boca. Cuando le confesé todo al padre Elías, me dijo que no me acercara más a ningún muchacho, "nunca más, te lo ordeno", me dijo. Antes de cortar conmigo le regalé a Beto una cadenita y un verso que me leyó Cristina y que recorté de una revista.

El problema es que no sé leer, porque cuando era chica pensaban que estaba loca y me mandaron a la Inmaculada Concepción, una escuela para enfermos mentales que hay en Lanús. Allí lo único que aprendí fue a hacer muñecas rellenas de arena, pero nunca a leer o escribir. Todavía tengo una de aquellas muñecas y siempre la pongo sobre la cama. Yo la llamo Laura, como mamá y como mi otra hermana, la mayor. Ella me lleva muchos años, ahora tendrá cuarenta, digo yo. Pero no nos vemos desde hace bastante tiempo. Me quería mucho, y yo a ella, pero a su marido no. Mi cuñado me amenazaba con meterme una mujer desnuda en la pieza, para que me cure. Me volvía loca, nos peleábamos mucho, yo gritaba y le decía que iba a matar a cualquier mujer que me trajeran. Sólo mi madre conseguía tranquilizarme; me obligaba a rezar, igual que hacía Alcira y así me serenaba. Ella fue la única que me comprendió.

Mamá me descubrió la enfermedad cuando era chica. Un día entró al baño y me vio. Entonces me preguntó por qué hacía pis sentado: me dijo que no debía hacerlo de esa manera. Pero yo le expliqué que parado no podía, que tenía que sentarme, como hacían las mujeres.

HISTORIA A

También creyó reconocer árboles y sembrados que no hubiera podido nombrar, porque su directo conocimiento de la campaña era harto inferior a su conocimiento nostálgico y literario.

Jorge Luis Borges
El Sur

Por Rodri

Rodrigo Fresán nació en
desde hace cinco años
diferentes medios period
Porteño", "Pelo", "Puerti
siguen los nombres) sobre
crítica literaria, crónicas de
lo gastro
En la actualidad se desem
del mensuario "
"Padres de la Patria" y "La
están extraídos de "Histo
libro de ficción a ser edita
(Biblioteca del Sur) a

Padres de la patria

Chivas y Gonçalves llevaban tanto tiempo cabalgando que ya no sabían dónde terminaban ellos y dónde empezaban sus caballos. Cabalgaban días y noches y otra vez días y el lugar por donde volaban sus caballos no era tan importante porque ni siquiera tenía nombre definitivo. Le cambiaban el nombre todas las mañanas como quien se cambia de ropa. Una pampa inmensa apenas importunada por un árbol o dos (árboles que aún nadie se había detenido a catalogar, árboles que desde hacía siglos esperaban sus nombres); y el olor era el de la tierra recién hecha, vuelta y vuelta.

Sea suficiente afirmar que, si las desventuras de Chivas y Gonçalves fueran una gran película, una de esas superproducciones tan de moda en estos tiempos azarosos, el galope compulsivo de estos dos apenas ocuparía la parte de los títulos. Nada más.

Los que sí tenían nombre eran los cumplidores caballos de Chivas y Gonçalves. El caballo del primero se llamaba Blanco y, detalle atendible por lo contradictorio, se trataba de un animal pesado y negro como la noche. El caballo del segundo se llamaba Caballo. Gonçalves sostenía que no tenía demasiado sentido perder el tiempo bautizando a un caballo que, por otra parte, jamás llegaría a comprender el por qué alguien se había demorado en ponerle un nombre. Además, Gonçalves era un minimalista. Y se estaba muriendo.

Un pedazo de lanza le crecía en su hombro izquierdo. Los médicos habían aconsejado dejarla ahí, esperar a ver cómo venía la cosa, Dios dirá. Y por esta sencilla razón, Gonçalves cargaba con el pedazo de lanza desde hacía dos años, tal vez tres, como quien viste una prenda que desentona.

El lanzazo se lo había encajado con envidiable gracia y estilo el más bajo de los caciques gigantes (me estoy refiriendo a lo que hoy por hoy conocemos como *indios patagones*) una noche en que Chivas y Gonçalves, discutibles caballeros de fortuna, habían decidido alzarse con la indiscutible belleza de la Princesa Anahí.

La Princesa Anahí era una india de piel blanca y mirada oscura. Eran muchos los que aseguraban que sangre holandesa corría por las venas de esta bruja infalible quien, en el momento más logrado de la carnicería, maldijo a Gonçalves con palabras extrañas, puras consonantes. Y así es como Gonçalves se convirtió en el hombre condenado que yo supe conocer y frecuentar.

Meses después del infausto episodio, uno de los tantos misioneros que fatigaban este paisaje huérfano de mapa y brújula, había aprovechado la curiosa disposición de la lanza de Gonçalves para cruzarla con una sólida rama de olivo en forma perpendicular; por lo que ahora Gonçalves cabalgaba a lo ancho y a lo largo del virreinato como una suerte de Cristo recién desclavado. Un Cristo con la sombra de la cruz todavía firme y mordiéndole las espaldas como el perro del convento de los padres dominicos.

Y así era el mal que aquejaba a Gonçalves: el hombre caía prisionero de sudores fríos y convulsiones impredecibles, levantaba el polvo marrón del piso apenas domesticado por los españoles de turno y, entonces, Gonçalves hablaba. Chivas, diligente, tomaba notas en el papel que tenía más a mano. O en los faldones de su camisa. O en su cabalgadura. De este modo, Blanco fue ennegreciéndose hasta convertirse en el primer caballo/libro de toda la historia argentina, de toda la historia de este mundo que es ahora redondo como una naranja china, me dicen.

Pero estábamos en la maldición de Gonçalves.

Después de gemir, gritar y cantar canciones de su patria tan lejana, Gonçalves se derrumbaba derecho y sin escalas hasta alcanzar una duermevela del tipo impermeable. Era entonces cuando abría la boca como si quisiera tragarse este planeta que ahora resulta que gira alrededor del sol, no me digas, mirá vos.

Y hablaba como nunca lo había hecho antes.

Permítaseme recordarles que tanto Chivas como Gonçalves no eran hombres lo que se dice muy cultos. Chivas conocía los favores y virtudes de la escritura, es cierto; pero le eran ajenas las maravillas de las matemáticas tan de moda y las particularidades de la Arquitectura del Universo cuando sostenía a viva voz, soberbio, que todo, hasta el mismísimo Tiempo, era relativo. Y Gonçalves, lo que se dice una verdadera bestia, no sabía más de lo que hoy dice saber un egresado de Ciencias de la Comunicación. Pero, misterio, durante el tiempo que duraban sus trances, Gonçalves se expresaba con elegancia, tacto y envidiable poder de síntesis.

Y así hablaba el minimalista Gonçalves:

—...A las 20:25 ha pasado a la inmortalidad...

Eso, o:

—La suerte de nuestra selección depende, una vez más, del genio salvador de Diego Armando Ma-ra-do-na...

O:

—Hay veces en que el mundo resulta mucho más fácil de ser asimilado cuando contemplamos nuestra vida en tercera persona.

O quizás:

—En la presente jornada la divisa norteamericana volvió a experimentar una fuerte alza...

Pasaban horas, a veces la noche entera, antes de que Gonçalves volviera a encontrarse con sus sentidos. Y Chivas anotaba todo. Y un día Chivas, Blanco, Caballo, el pedazo de lanza bendita y la maldición de la Princesa Anahí decidieron volver al Viejo Mundo y hacerse ricos exhibiendo a Gonçalves, como un fenómeno inédito, como un digno representante de la poderosa imaginería de las novísimas tierras del novísimo continente. El espectáculo, decidió Chivas, iba a llamarse *El Formidable Realismo Mágico de Gonçalves y su Fiel Amigo Chivas.*

Se embarcaron una mañana de julio en *La Doncella de Palestina*. Allá era verano y aquí era invierno (Blanco y Caballo nunca terminaron de entender el por qué de todo esto) y Gonçalves entretuvo a los pasajeros hablando y hablando por entre las cortinas descorridas de su fiebre importada.

Vamos a hacernos ricos, pensaba Chivas mientras Gonçalves cerraba los ojos y decía:

—Mickey Mouse.

O:

—...Habiendo hundido el destroyer de bandera británica HMS *Sheffield* en horas de la...

Pero lo cierto es que lo que terminó hundiéndose fue *La Doncella de Palestina*.

Ocurrió en la séptima jornada del viaje, no sé muy bien por qué. Tal vez las calderas, tal vez los pésimos modales de uno de los tantos monstruos marinos que supieron entretener las aguas de estos mares.

Todos murieron.

Sólo yo, un humilde grumete cuyo nombre no es digno de figurar en página alguna, sobreviví para contar ésta y tantas otras historias.



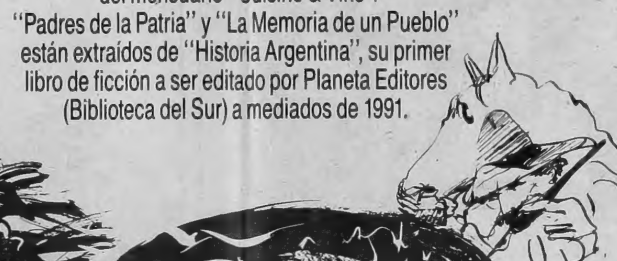
También creyó reconocer árboles y sembrados que no hubiera podido nombrar, porque su directo conocimiento de la campaña era harto inferior a su conocimiento nostálgico y literario.

Jorge Luis Borges
El Sur

HISTORIA ARGENTINA

Por Rodrigo Fresán

Rodrigo Fresán nació en Buenos Aires en 1963 y desde hace cinco años viene colaborando en diferentes medios periodísticos (''Página/12'', ''El Porteño'', ''Pelo'', ''Puertitas'', ''Clarín'', ''Diners'' y siguen los nombres) sobre temas que incluyen rock, crítica literaria, crónicas de viajes y asuntos relativos a lo gastronómico.
En la actualidad se desempeña como *senior editor* del mensuario ''Cuisine & Vins''.
''Padres de la Patria'' y ''La Memoria de un Pueblo'' están extraídos de ''Historia Argentina'', su primer libro de ficción a ser editado por Planeta Editores (Biblioteca del Sur) a mediados de 1991.



Padres de la patria

Chivas y Gonçalves llevaban tanto tiempo cabalgando que ya no sabían dónde terminaban ellos y dónde empezaban sus caballos. Cabalgaban días y noches y otra vez días y el lugar por donde volaban sus caballos no era tan importante porque ni siquiera tenía nombre definitivo. Le cambiaban el nombre todas las mañanas como quien se cambia de ropa. Una pampa inmensa apenas importunada por un árbol o dos (árboles que aún nadie se había detenido a catalogar, árboles que desde hacía siglos esperaban sus nombres); y el olor era el de la tierra recién hecha, vuelta y vuelta.

Sea suficiente afirmar que, si las desventuras de Chivas y Gonçalves fueran una gran película, una de esas superproducciones tan de moda en estos tiempos azarosos, el galope compulsivo de estos dos apenas ocuparía la parte de los títulos. Nada más.

Los que sí tenían nombre eran los cumplidores caballos de Chivas y Gonçalves. El caballo del primero se llamaba Blanco y, detalle atendible por lo contradictorio, se trataba de un animal pesado y negro como la noche. El caballo del segundo se llamaba Caballo. Gonçalves sostenía que no tenía demasiado sentido perder el tiempo bautizando a un caballo que, por otra parte, jamás llegaría a comprender el por qué alguien se había demorado en ponerle un nombre. Además, Gonçalves era un minimalista. Y se estaba muriendo.

Un pedazo de lanza le crecía en su hombro izquierdo. Los médicos habían aconsejado dejarla ahí, esperar a ver cómo venía la cosa, Dios dirá. Y por esta sencilla razón, Gonçalves cargaba con el pedazo de lanza desde hacía dos años, tal vez tres, como quien viste una prenda que desentona.

El lanzazo se lo había encajado con envidiable gracia y estilo el más bajo de los caciques gigantes (me estoy refiriendo a lo que hoy por hoy conocemos como *indios patagones*) una noche en que Chivas y Gonçalves, discutibles caballeros de fortuna, habían decidido alzarse con la indiscutible belleza de la Princesa Anahí.

La Princesa Anahí era una india de piel blanca y mirada oscura. Eran muchos los que aseguraban que sangre holandesa corría por las venas de esta bruja infalible quien, en el momento más logrado de la carnicería, maldijo a Gonçalves con palabras extrañas, puras consonantes. Y así es como Gonçalves se convirtió en el hombre condenado que yo supe conocer y frecuentar.

Meses después del infausto episodio, uno de los tantos misioneros que fatigaban este paisaje huérfano de mapa y brújula, había aprovechado la curiosa disposición de la lanza de Gonçalves para cruzarla con una sólida rama de olivo en forma perpendicular; por lo que ahora Gonçalves cabalgaba a lo ancho y a lo largo del virreinato como una suerte de Cristo recién desclavado. Un Cristo con la sombra de la cruz todavía firme y mordiéndole las espaldas como el perro del convento de los padres dominicos.

Y así era el mal que aquejaba a Gonçalves: el hombre caía prisionero de sudores fríos y convulsiones impredecibles, levantaba el polvo marrón del piso apenas domesticado por los españoles de turno y, entonces, Gonçalves hablaba. Chivas, diligente, tomaba notas en el papel que tenía más a mano. O en los faldones de su camisa. O en su cabalgadura. De este modo, Blanco fue ennegreciéndose hasta convertirse en el primer caballo/libro de toda la historia argentina, de toda la historia de este mundo que es ahora redondo como una naranja china, me dicen.

Pero estábamos en la maldición de Gonçalves.

Después de gemir, gritar y cantar canciones de su patria tan lejana, Gonçalves se derrumbaba derecho y sin escalas hasta alcanzar una duermevela del tipo impermeable. Era entonces cuando abría la boca como si quisiera tragarse este planeta que ahora resulta que gira alrededor del sol, no me digas, mirá vos.

Y hablaba como nunca lo había hecho antes.

Permítaseme recordarles que tanto Chivas como Gonçalves no eran hombres lo que se dice muy cultos. Chivas conocía los favores y virtudes de la escritura, es cierto; pero le eran ajenas las maravillas de las matemáticas tan de moda y las particularidades de la Arquitectura del Universo cuando sostenía a viva voz, soberbio, que todo, hasta el mismísimo Tiempo, era relativo. Y Gonçalves, lo que se dice una verdadera bestia, no sabía más de lo que hoy dice saber un egresado de Ciencias de la Comunicación. Pero, misterio, durante el tiempo que duraban sus trances, Gonçalves se expresaba con elegancia, tacto y envidiable poder de síntesis.

Y así hablaba el minimalista Gonçalves:

—...A las 20:25 ha pasado a la inmortalidad...

Eso, o:

—La suerte de nuestra selección depende, una vez más, del genio salvador de Diego Armando Ma-ra-do-na...

O:

—Hay veces en que el mundo resulta mucho más fácil de ser asimilado cuando contemplamos nuestra vida en tercera persona.

O quizás:

—En la presente jornada la divisa norteamericana volvió a experimentar una fuerte alza...

Pasaban horas, a veces la noche entera, antes de que Gonçalves volviera a encontrarse con sus sentidos. Y Chivas anotaba todo. Y un día Chivas, Blanco, Caballo, el pedazo de lanza bendita y la maldición de la Princesa Anahí decidieron volver al Viejo Mundo y hacerse ricos exhibiendo a Gonçalves, como un fenómeno inédito, como un digno representante de la poderosa imaginería de las novísimas tierras del novísimo continente. El espectáculo, decidió Chivas, iba a llamarse *El Formidable Realismo Mágico de Gonçalves y su Fiel Amigo Chivas*.

Se embarcaron una mañana de julio en *La Doncella de Palestina*. Allá era verano y aquí era invierno (Blanco y Caballo nunca terminaron de entender el por qué de todo esto) y Gonçalves entretuvo a los pasajeros hablando y hablando por entre las cortinas descorridas de su fiebre importada.

Vamos a hacernos ricos, pensaba Chivas mientras Gonçalves cerraba los ojos y decía:

—Mickey Mouse.

O:

—...Habiendo hundido el destroyer de bandera británica HMS *Sheffield* en horas de la...

Pero lo cierto es que lo que terminó hundiéndose fue *La Doncella de Palestina*.

Ocurrió en la séptima jornada del viaje, no sé muy bien por qué. Tal vez las calderas, tal vez los pésimos modales de uno de los tantos monstruos marinos que supieron entretener las aguas de estos mares.

Todos murieron.

Sólo yo, un humilde grumete cuyo nombre no es digno de figurar en página alguna, sobreviví para contar ésta y tantas otras historias.

La memoria de un pueblo

Querida Adela, me pasa algo raro. Y es que comienzo a olvidarla. Esa carta que no recibirá nunca (lo primero que olvidé es el lugar donde encontrarla a usted) se constituye en último intento y batalla definitiva que libro para arrancarle su delicioso perfil a esa niebla húmeda que empaña mis tardes sin pedir permiso, sin ofrecer ningún tipo de disculpas.

Cosa extraña, de algo estoy seguro: lo nuestro fue amor a primera vista. Pero no. Un relámpago, un perfume, ahora recuerdo (ya ve, hasta los poetas se equivocan; en mi caso el amor fue, si me permite la gracia, *a primer olfato*), un perfume, decía, que me asaltó salvaje, mientras contemplaba esa franja de tierra flamante y nuestra (¿Cartagena? ¿Buenos Aires? Aquel viejo Nuevo Mundo en cualquier caso) buscando amparo en el horizonte desde la cubierta del *Nuestra Señora del Pilar*, creo.

Escribo *creo* porque todos los detalles relacionados con su persona se me antojan tejidos en el liviano y sutil material del olvido. Pero, aun así, la necesidad de creer es más fuerte y creo en usted y me encomiendo a su persona como nos encomendamos aquella histórica tarde, barranca abajo sobre los caballos montados en pelo, los sables en alto hasta que el calambre nos ató los brazos, y el crepúsculo condimentado con olor a pólvora realista nos encendió los rostros en esos días en que fuimos tan felices y tan trascendentes. Más felices que trascendentes al final y, si alguien se tomara el trabajo de recordarme, a



mí me gustaría que fuera con estas palabras: ''Fue un hombre tan feliz que jamás llegó a ser consciente de su importancia''.

Así que, Mercedes, de algo estoy seguro, viajábamos en un barco o en un lanchón y el mar, cómplice involuntario, nos imponía distancias mínimas. Una diferencia de cubiertas y de horarios en los turnos de las comidas que se fue ajustando casi por inercia, acercándonos de a poco pero sin dudas, del mismo modo que un escritor se aproxima a *le mot juste*; habilidad esta última que, me apresuro a declarar, me resulta ajena por completo.

¿Fue durante la última semana de viaje, cuando los festejos y el estruendo de la cohetería saludaban la independencia de los otros y el comienzo de nuestra mutua dependencia, que bailamos aquel minué por primera vez? Creo que me acuerdo de Bolívar o de Martí o de San Martín y que todos diseñaban banderas con colores emocionados. Por eso calculo que usted y yo, bailando un vals mareado bajo los candelabros, ajustando nuestro ritmo al ritmo del *Valparaíso*, fuimos felices quince días después de haber zarpado hacia alguna parte.

Ahora que el sable se ha convertido en pluma, recuerdo sus ojos verde claro y una boca cuya perfección me infundió terrores infinitos. Por unos labios como esos, razoné entonces, uno era capaz de abominar del mundo, de renegar de Dios.

Me parece verla sentada a la derecha o a la izquierda del capitán, riendo con esa boca suya mientras comía de a bocados minúsculos, ridículos en cualquier otra persona pero adorables en usted. Recupero su mirada en la mía, aquellas pupilas traviesas despidiendo una tempestad de azabache, vaciándome de ideas y de propósitos y yo, pretextando mal de mar, ausente en los almuerzos un par de días con el absurdo convencimiento de que no verla me retornaría a la cordura y a la insipidez de los cuarteles y a las exigencias de una utopía que ya comenzaba a vencernos con la sola fuerza de nuestra desmesura juvenil. Porque la Patria, o al menos lo que nosotros entendíamos tenía que ser la Patria, ya no era la Patria, Inesita mía.

Hoy, prisionero de este escritorio en el exilio, la súbita presencia de usted en mi camarote se me hace inexplicable. Podría afirmar que se trató de un milagro o, mejor aún, de un espejismo similar al que nos persiguió junto a los oficiales bonapartistas durante tres días y tres noches de arena y viento. Pero estaría, como los historiadores, faltando a la verdad, simplificando los hechos para la fácil comprensión de generaciones futuras. De cualquier modo, desde aquella noche me acompaña una sensación difícil de describir y mucho más de poner por escrito. ¿Fue un imperceptible caer de ropas que se me antojó como la más furiosa de las avalanchas o fue al revés? La noche entera era un murmullo de sedas y de palabras en un idioma que entonces yo no hablabla pero que sin embargo entendía con un entusiasmo rayano en la obsecuencia, my beloved Margaret-Ann.

Entonces fue el semental exhibicionista de Paul Revere y Washington felicitándonos de pie, casi flotando sobre la proa, y a partir de este punto del viaje mis recuerdos dejan de ser recuerdos traduciéndose en imágenes discontinuadas, fluctuantes. Ahora las ves, ahora no, como dicen los ilusionistas en el momento decisivo, como el fantasma de una gota de leche girando y desapareciendo en el ojo cerrado de una taza de café. Todo es efímero y la historia es una farsa necesaria, un orden aparente, para disimular el inevitable horror de la eternidad.

¿Abandonó usted *La Doncella de Palestina* en El Callao o en Dover?

¿Fue usted la desafortunada pasajera que cayó al río?

Esta herida de bala en mi pierna, ¿tiene usted algo que ver con ella?

¿Qué fue lo que ocurrió en París aquella mañana en que bailamos como poseídos sobre las piedras de La Bastille?

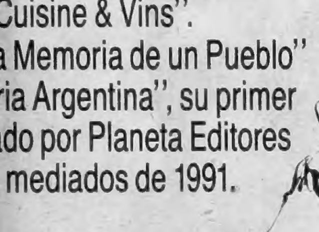
Ya ve, quien le escribe no es un héroe sino un hombre solo y enamorado. Estamos entrando en el invierno, los días se acortan (sospecho que mis días también), y lo único que tengo como abrigo son preguntas y más preguntas apenas contestadas por mínimos fuegos: el beso en la boca de una niña morena cuando nuestra entrada triunfante en Tucumán, el genio estratega del inglés, la barahúnda de los tambores y el honesto olor a bosta en las caballerizas del Buen Retiro...

Querida Beatriz, una sola cosa le pide este desmemoriado que se intuye patriota depuesto y argentino negado: si llega a reconocerme por la calle, si nuestros dos caminos vuelven a ser uno, por favor, no vacile en reconocerme y saludarme. No pido besos ardientes, caricias apasionadas o la sonrisa que me cegó para siempre a bordo de aquel *vaporetto*. Un simple gesto de su delicada mano, Irene, una mirada, bastarán para devolverme su amor, mi razón de ser y el falso orgullo del saber recordar.

RGENTINA

o Fresán

Buenos Aires en 1963 y
viene colaborando en
sticos ("Página/12", "El
as", "Clarín", "Diners" y
temas que incluyen rock,
viajes y asuntos relativos a
nómico.
npeña como *senior editor*
Cuisine & Vins".
a Memoria de un Pueblo"
ria Argentina", su primer
ado por Planeta Editores
mediados de 1991.



La memoria de un pueblo

Querida Adela, me pasa algo raro. Y es que comienzo a olvidarla. Esa carta que no recibirá nunca (lo primero que olvidé es el lugar donde encontraría a usted) se constituye en último intento y batalla definitiva que libro para arrancarle su delicioso perfil a esa niebla húmeda que empaña mis tardes sin pedir permiso, sin ofrecer ningún tipo de disculpas.

Cosa extraña, de algo estoy seguro: lo nuestro fue amor a primera vista. Pero no. Un relámpago, un perfume, ahora recuerdo (ya ve, hasta los poetas se equivocan; en mi caso el amor fue, si me permite la gracia, *a primer olfato*), un perfume, decía, que me asaltó salvaje, mientras contemplaba esa franja de tierra flamante y nuestra (¿Cartagena? ¿Buenos Aires? Aquel viejo Nuevo Mundo en cualquier caso) buscando amparo en el horizonte desde la cubierta del *Nuestra Señora del Pilar*, creo.

Escribo *creo* porque todos los detalles relacionados con su persona se me antojan tejidos en el liviano y sutil material del olvido. Pero, aun así, la necesidad de creer es más fuerte y creo en usted y me encomiendo a su persona como nos encomendamos aquella histórica tarde, barranca abajo sobre los caballos montados en pelo, los sables en alto hasta que el calambre nos ató los brazos, y el crepúsculo condimentado con olor a pólvora realista nos encendió los rostros en esos días en que fuimos tan felices y tan trascendentes. Más felices que trascendentes al final y, si alguien se tomara el trabajo de recordarme, a



mí me gustaría que fuera con estas palabras: "Fue un hombre tan feliz que jamás llegó a ser consciente de su importancia".

Así que, Mercedes, de algo estoy seguro, viajábamos en un barco o en un lanchón y el mar, cómplice involuntario, nos imponía distancias mínimas. Una diferencia de cubiertas y de horarios en los turnos de las comidas que se fue ajustando casi por inercia, acercándonos de a poco pero sin dudas, del mismo modo que un escritor se aproxima a *le mot juste*; habilidad esta última que, me apresuro a declarar, me resulta ajena por completo.

¿Fue durante la última semana de viaje, cuando los festejos y el estruendo de la cohetería saludaban la independencia de los otros y el comienzo de nuestra mutua dependencia, que bailamos aquel minué por primera vez? Creo que me acuerdo de Bolívar o de Martí o de San Martín y que todos diseñaban banderas con colores emocionados. Por eso calculo que usted y yo, bailando un vals mareado bajo los candelabros, ajustando nuestro ritmo al ritmo del *Valparaíso*, fuimos felices quince días después de haber zarpado hacia alguna parte.

Ahora que el sable se ha convertido en pluma, recuerdo sus ojos verde claro y una boca cuya perfección me infundió terrores infinitos. Por unos labios como esos, razoné entonces, uno era capaz de abominar del mundo, de renegar de Dios.

Me parece verla sentada a la derecha o a la izquierda del capitán, riendo con esa boca suya mientras comía de a bocados minúsculos, ridículos en cualquier otra persona pero adorables en usted. Recupero su mirada en la mía, aquellas pupilas traviesas despidiendo una tempestad de azabache, vaciándome de ideas y de propósitos y yo, pretextando mal de mar, ausente en los almuerzos un par de días con el absurdo convencimiento de que no verla me retornaría a la cordura y a la insipidez de los cuarteles y a las exigencias de una utopía que ya comenzaba a vencernos con la sola fuerza de nuestra desmesura juvenil. Porque la Patria, o al menos lo que nosotros entendíamos tenía que ser la Patria, ya no era la Patria, Inesita mía.

Hoy, prisionero de este escritorio en el exilio, la súbita presencia de usted en mi camarote se me hace inexplicable. Podría afirmar que se trató de un milagro o, mejor aún, de un espejismo similar al que nos persiguió junto a los oficiales bonapartistas durante tres días y tres noches de arena y viento. Pero estaría, como los historiadores, faltando a la verdad, simplificando los hechos para la fácil comprensión de generaciones futuras. De cualquier modo, desde aquella noche me acompaña una sensación difícil de describir y mucho más de poner por escrito. ¿Fue un imperceptible caer de ropas que se me antojó como la más furiosa de las avalanchas o fue al revés? La noche entera era un murmullo de sedas y de palabras en un idioma que entonces yo no hablabla pero que sin embargo entendía con un entusiasmo rayano en la obsecuencia, my beloved Margaret-Ann.

Entonces fue el semental exhibicionista de Paul Revere y Washington felicitándonos de pie, casi flotando sobre la proa, y a partir de este punto del viaje mis recuerdos dejan de ser recuerdos traduciéndose en imágenes discontinuadas, fluctuantes. Ahora las ves, ahora no, como dicen los ilusionistas en el momento decisivo, como el fantasma de una gota de leche girando y desapareciendo en el ojo cerrado de una taza de café. Todo es efímero y la historia es una farsa necesaria, un orden aparente, para disimular el inevitable horror de la eternidad.

¿Abandonó usted *La Doncella de Palestina* en El Callao o en Dover?

¿Fue usted la desafortunada pasajera que cayó al río?

Esta herida de bala en mi pierna, ¿tiene usted algo que ver con ella?

¿Qué fue lo que ocurrió en París aquella mañana en que bailamos como poseídos sobre las piedras de La Bastille?

Ya ve, quien le escribe no es un héroe sino un hombre solo y enamorado. Estamos entrando en el invierno, los días se acortan (sospecho que mis días también), y lo único que tengo como abrigo son preguntas y más preguntas apenas contestadas por mínimos fuegos: el beso en la boca de una niña morena cuando nuestra entrada triunfante en Tucumán, el genio estratega del inglés, la barahúnda de los tambores y el honesto olor a bosta en las caballerizas del Buen Retiro...

Querida Beatriz, una sola cosa le pide este desmemoriado que se intuye patriota depuesto y argentino negado: si llega a reconocerme por la calle, si nuestros dos caminos vuelven a ser uno, por favor, no vacile en reconocerme y saludarme. No pido besos ardientes, caricias apasionadas o la sonrisa que me cegó para siempre a bordo de aquel *vaporetto*. Un simple gesto de su delicada mano, Irene, una mirada, bastarán para devolverme su amor, mi razón de ser y el falso orgullo del saber recordar.

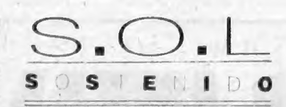
VILLA GESELL

(Por A.S., desde Villa Gesell) Prestarle el propio pellejo a un personaje de historieta es, cuanto menos, un desafío. Si además la criatura en cuestión es un clásico de Fontanarrosa, como Inodoro Pereyra, El Renegau, la cosa se pone peleaguda. Si embargo, Rudy Chernicoff sale airoso en su composición del gaucho dispuesto a no dejarse "primerear por un yanqui porque hable con W", a reírse del psicoanálisis, a proclamarse gurú de la onda macrobiótica, de la filosofía oriental y la meditación, y a enfrentar un malón de indios entusiasmados con la idea de "ir a pelear al Golfo Pérfido" porque "aquí quedarnos sin hipótesis de conflicto desde la época de Roca".

Con textos adaptados a la versión teatral por el propio Fontanarrosa y por el protagonista, el espectáculo conserva la gracia centrada en la palabra que tiene la historieta, a la que le suma la agilidad de las canciones y el baile tanto en su criollísimo zapateo como en el tap al que Don Inodoro define como "malambeo americano".

Un elenco de actores geselinos acompaña a Chernicoff en el escenario. Delia Belardo da en el blanco con la composición de Eulogia, una china a la que le sobran tantos kilos como ingenuidad y capacidad de someterse a las órdenes de Inodoro hasta el punto de exasperar a la más novata de las aprendices de feminista. Una galería de personajes que dialogan con el dueño de Mendieta está a cargo de Jorge Oczowinski y Carina Hueto, dos jóvenes intérpretes que a la hora de pisar las tablas muestran una suerte de reminiscencia estudiantina que le quita credibilidad a la actuación.

Sin gran despliegue de producción, la pieza consigue sin embargo mantener el interés del público pivoteando en la enorme capacidad histriónica de Chernicoff y en la riqueza de un texto pleno de remates brillantes aunque en la versión teatral es poca la posibilidad de lucimiento que se le reservó a Mendieta.



Las funciones son en la Casa de la Cultura (Avenida 3 y Paseo 109) los miércoles a las 22.30 y los sábados a las 22 y a las 24. El espectáculo es apto para todo público.

Teatro made in casa. También en la Casa de la Cultura, los martes, viernes y domingos en el horario de las 23 se presenta *Reunión cumbre*, una comedia dirigida por Gustavo Aprile e interpretada por Jorge Butron y José Luis Castro, quienes evocan el día en que Dios y el Diablo volvieron a encontrarse. Además, los jueves a las 23, la Comedia Municipal de Villa Gesell sube a escena con *La balada del asesino*, con dirección de Juanjo Vázquez y la actuación de Lili Bubet, Li Martin, Susú Milano y elenco.

Cerveza onde tabla. La cita es en Avenida 3 y Paseo 136 y la propuesta consiste en teatro, cerveza y picada. Teatro Gesell ofrece todos los sábados *I Medici Concert* y los viernes *Hay que privatizar el ciclo*, con Camila Perisset y Mario Castiglione. La sugerencia incluye pasar después del espectáculo por Cervecería del Teatro que reabrió sus puertas agrandando las dimensiones de su clásica picada con un toque alemán: lewerbursch, chucrut, salchichas, pepinos agridulces y el matambre a la Braden, como exclusividad de la casa. El precio es de 25.000 australes por persona y si se trata de una patota, es decir más de ocho comensales, el precio se reduce a 20.000 cada uno. Además, el local ha lanzado un desafío para gente sin pelos en la lengua. Quien pueda saludar con el texto alemán Under Shtrenen de Rinen Gred gozará de un diez por ciento de descuento. Si usted es de los que a duras penas se la rebusca con el castellano, de alemán ni hablemos. Pero, en cualquier caso, aún le queda la opción de acudir al dinero de plástico: se aceptan todas las tarjetas y sin recargo.


I Medici Concert.

CONTROL DE CALIDAD

En el segundo cuadro hay cinco diferencias con respecto al primero. Descúbralas.





